

Contemplar el mundo con la mirada de Dios

Materiales para la Jornada *Pro orantibus* 2017



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

SUMARIO

Objetivos de la Jornada *Pro orantibus*5

Presentación 7

Testimonio: "Contemplar el mundo con la mirada de Dios"11

Vultum Dei quarere: una oportunidad para crecer
en fidelidad creativa y responsable.....17

Textos del Magisterio pontificio.....21

OBJETIVOS DE LA JORNADA “PRO ORANTIBUS”

1. Orar por los que entregan generosamente su vida a la oración diariamente: las personas consagradas en la vida contemplativa.
2. Expresar el reconocimiento, estima y gratitud por lo que estos hermanos y hermanas nuestras representan en la Iglesia y en nuestra sociedad, agradeciendo a Dios –dador de todo don– el rico patrimonio espiritual de los Institutos de vida enteramente contemplativa.
3. Dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia y para el mundo, promoviendo iniciativas dirigidas a incentivar la vida de oración y la dimensión contemplativa en las Iglesias particulares, dando ocasión a los fieles –donde sea posible– de la participación en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, salvaguardando, en todo caso, las características propias de la clausura.

PRESENTACIÓN

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA VIDA CONSAGRADA

Terminada la cincuentena pascual, tras la recepción del Espíritu Santo en Pentecostés, celebramos la solemnidad litúrgica de la Santísima Trinidad, el domingo 11 de junio.

«El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina. Es la enseñanza más fundamental y esencial en la jerarquía de las verdades de fe. Toda la historia de la salvación no es otra cosa que la historia del camino y los medios por los cuales el Dios verdadero y único, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se revela a los hombres, los aparta del pecado y los reconcilia y une consigo»¹.

En el Domingo de la Trinidad la Iglesia católica que peregrina en España celebra la Jornada *Pro orantibus*, para rezar por quienes se dedican a la vida íntegramente contemplativa y que tanto rezan por la Iglesia y por el mundo. Una jornada eclesial para manifestarles nuestra sincera gratitud por sus vidas entregadas a la alabanza trinitaria, la ofrenda permanente al Señor y el ejercicio activo de la caridad según la propia vocación.

El lema para la Jornada de este año 2017 es *Contemplar el mundo con la mirada de Dios*; es una expresión tomada de la nueva constitución apostólica para la vida contemplativa femenina *Vultum Dei quaerere* (29 de junio de 2016), en su n. 10, que nos ha regalado el papa Francisco. El mismo santo padre nos recuerda cómo debe ser la contemplación al mundo y a las personas: *con la mirada de Dios*. ¿Y cuál es esa mirada? ¿Cómo es la mirada de Dios?

El místico carmelita san Juan de la Cruz dice que *el mirar de Dios es amar* (cf. *Cántico espiritual*, comentario a la Canción XXXII); eso sig-

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 234.

nifica que Dios siempre mira al mundo y a cada ser humano desde el amor eterno que hay en las Tres Personas Divinas. Y san Agustín nos recuerda que el Padre es el eterno amante, el Hijo es el eterno amado, y el Espíritu es el amor eterno de ambos que ha llegado hasta nosotros (cf. *De Trinitate*, Lib. XV, cap. 3, 5). Dios siempre nos contempla con una mirada compasiva y misericordiosa, benévola y llena de ternura; así lo testifica toda la Sagrada Escritura de principio a fin.

La revelación bíblica –especialmente los evangelios– nos muestra la mirada del amor incondicional de Dios que siempre nos salva. Jesús miró al joven rico y lo amó (*Mc* 10, 21); miró al publicano Mateo y lo llamó (cf. *Mc* 2, 14); vio al paralítico y lo curó (cf. *Mc* 2, 5); miró a la pecadora y la perdonó (cf. *Lc* 7, 48); vio al leproso y tuvo compasión de él (cf. *Mc* 1, 40); vio a la muchedumbre hambrienta y la sació (cf. *Jn* 6, 1-13); vio a Jerusalén cerrada a la conversión y lloró por ella (cf. *Lc* 19, 41); vio el débil corazón de Pedro y le aseguró la oración por él (cf. *Lc* 22, 32). Sí: el mirar de Dios que nos ha manifestado Jesucristo es amar, y amar siempre, a todo hombre y a todo el hombre. Y en esa mirada cada ser humano redescubre su dignidad y su verdadera identidad: ser amado por Dios.

Los monjes y monjas que viven, oran y trabajan en los más de 800 monasterios de la Iglesia que peregrina en España han sido mirados por Dios con un amor que ha cautivado sus corazones transformándolos. Contemplados por la Trinidad aprenden a diario ellos mismos a contemplar al mundo y a cada persona con esa misma mirada divina, amorosa y compasiva, intercesora y benévola, bendita y salvífica, amando hasta comulgar con las penas y las tristezas de los hombres, con sus gozos más nobles y sus esperanzas más altas.

El papa Francisco habla a nuestras hermanas contemplativas concretamente diciendo:

«Que el Señor realice en vuestros corazones su obra y os transforme enteramente en él, que es el fin último de la vida contemplativa; y que vuestras comunidades o fraternidades sean verdaderas es-

cuelas de contemplación y oración. El mundo y la Iglesia os necesitan como “faros” que iluminan el camino de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo. Que sea esta vuestra profecía. Vuestra opción no es la huida del mundo por miedo, como piensan algunos. Vosotras seguís estando en el mundo, sin ser del mundo (cf. *Jn* 18,19) y, aunque estéis separadas del mundo, por medio de signos que expresan vuestra pertenencia a Cristo, no cesáis de interceder constantemente por la humanidad, presentando al Señor sus temores y sus esperanzas, sus gozos y sus sufrimientos. No nos privéis de esta vuestra participación en la construcción de un mundo más humano y por tanto más evangélico. Unidas a Dios, escuchad el clamor de vuestros hermanos y hermanas (cf. *Éx* 3, 7; *Jer* 5, 4) que son víctimas de la “cultura del descarte”, o que necesitan sencillamente de la luz del Evangelio. Ejercitaos en el arte de escuchar, “que es más que oír”, y practicad la “espiritualidad de la hospitalidad”, acogiendo en vuestro corazón y llevando en vuestra oración lo que concierne al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gén* 1, 26). Como he escrito en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, “interceder no nos aparta de la verdadera contemplación, porque la contemplación que deja fuera a los demás es un engaño”. De este modo, vuestro testimonio será un complemento necesario del que los contemplativos en el corazón del mundo dan testimonio del Evangelio, permaneciendo totalmente inmersos en las realidades y en la construcción de la ciudad terrena»².

Efectivamente, todos los miembros de la Iglesia estamos unidos a los contemplativos, que interceden por la humanidad y cooperan en la construcción de un mundo más evangélico. Descubramos la vida contemplativa como escuela de escucha, tanto de la voluntad de Dios como de quienes necesitan la luz de Cristo. Igualmente, descubrámosla como escuela de una «espiritualidad de la hospitalidad», para contribuir a superar la «cultura del descarte». Escuelas para enseñar y aprender a «contemplar al mundo con la mirada de Dios».

² FRANCISCO, constitución apostólica *Vultum Dei quarere*, n. 36.

Contemplemos el mundo y a cada hijo de Dios con la misma mirada de Dios, nuestro Padre. Si miramos a Aquel que nos mira con tanto amor nuestra vida cambia, todo se transforma, acontece salvación.

El místico y cardenal Nicolás de Cusa (1401-1464) decía: «¡Qué admirable tu mirada, oh, Dios de la contemplación, para todos los que la buscan! Con tu mirada, Señor, das vida a todo espíritu, regocijas a todos, alejas toda tristeza. ¡Mírame, pues, compasivo, y mi alma será salva!»³.

Aprendamos todos de las personas consagradas en la vida contemplativa a mirar al Señor, fijando los ojos en Aquel que inicia y completa nuestra fe (cf. *Heb* 12, 2): Jesús, el Redentor del mundo.

Madrid, 23 de abril de 2017
Domingo segundo de Pascua

³ NICOLÁS DE CUSA, *La visión de Dios*, cap. IX.

TESTIMONIO**“CONTEMPLAR EL MUNDO CON LA MIRADA DE DIOS”**

SOR M.^a DE LA IGLESIA ARISTEGUI, O.P.

Vicaria para la Unión Fraterna “Madre de Dios”

(Federación de Santo Domingo, Hispania)

Desde el Monasterio Dominicano Misionero de Santa Catalina

Santorini - Grecia

La vida consagrada es una historia de amor apasionado por el Señor y por la humanidad: en la vida contemplativa esta historia se despliega, día tras día, a través de la apasionada búsqueda del rostro de Dios, en la relación íntima con él.

Quien se sumerge en el misterio de la contemplación ve con ojos espirituales: esto le permite contemplar el mundo y las personas con la mirada de Dios

FRANCISCO,
Vultum Dei quaerere, n. 9.10

El lema de este año 2017 para la Jornada *Pro orantibus* está tomado de este bello pasaje de la constitución apostólica *Vultum Dei quaerere* del papa Francisco, para la vida contemplativa femenina.

Como monja dominica, vicaria de la priora federal (Federación de Santo Domingo, Hispania) para los monasterios en lugares de misión y asociados en la Unión Fraterna “Madre de Dios”, mi testimonio se inspira y apoya en ese pasaje tan actual, en esta hora que estamos viviendo.

Comienzo dando gracias a Dios por su llamada gratuita y misericordiosa, que pone entre «los buscadores de su rostro». De tantas y tan importantes y bellas actividades y profesiones en la Iglesia y en la sociedad, que buscan aspectos tan necesarios e interesantes para el bien

de los hombres, considero que el «buscar el rostro de Dios» es una profesión maravillosa y eficaz para la salvación del mundo. La vida contemplativa tiene por objeto de su actividad a Dios mismo y desde Él se puede llegar a muchos, al universo entero. No es una vocación solo personal o para beneficio propio, sino, como dice el papa Francisco:

«los contemplativos, como hombres y mujeres que habitan la historia humana, atraídos por el fulgor de Cristo, el más hermoso de los hijos de los hombres (*Sal* 45, 3), se sitúan en el corazón mismo de la Iglesia y del mundo [...]. La vida contemplativa ha representado siempre en la Iglesia y para la Iglesia el corazón orante [...] signo y profecía de la Iglesia virgen, esposa y madre; signo vivo y memoria de la fidelidad con que Dios sigue sosteniendo a su pueblo a través de los eventos de la historia» (VDq, n. 3.5).

Acompaño este testimonio con la imagen del sagrario de nuestro monasterio en Santorini, como icono visible: la bola del mundo al pie de la presencia de Jesús en la eucaristía. Bajo su mirada eucarística aparece simbólicamente el mundo con todos sus habitantes; sus proyectos, sus gozos y sus dolores; sus triunfos y sus frustraciones... Junto al globo terráqueo está la Palabra de Dios, esa Palabra por la que fue hecha la creación; Palabra viva y eficaz, que dice y hace; Palabra que comunica Vida eterna. El mundo iluminado por la mirada de Jesucristo, «Luz del mundo» y envuelto en el rosario de María, «oración de amores, cadena de flores con que al mundo ciñe a su Corazón». Sobre el sagrario «la belleza escandalosa de la cruz» (en palabras del papa Francisco), con la mirada del Cristo atrayendo todo hacia Él.

Ese icono, en nuestro coro y en los de los otros monasterios de la Unión Fraterna, expresa una realidad de fe viva y de comunión: la vida contemplativa tiene constantemente ante sus ojos la presencia de toda la humanidad, simbolizada en el globo terráqueo, y la abraza con su oración. De noche y de día, en la oración litúrgica y en la oración silenciosa, al mirar las hermanas el sagrario, le dicen al Señor: «Te busqué a Ti porque me llamaban ellos» (M. Teresa M.^a, O.P.).

Sí, te busco a Ti porque me llaman ellos, los hermanos del mundo entero. Lllaman, de muchos modos, desde la incertidumbre y el miedo; desde el dolor de las familias divididas y rotas; desde la inseguridad física y moral de los niños y los jóvenes, desde la delincuencia que se apodera de las ciudades; llaman desde el desasosiego por los vaivenes caprichosos y crueles de la economía; desde el escepticismo ante la gestión política de los que nos gobiernan; desde el dolor ante las crueldades de las guerras étnicas o religiosas; miedo incluso de una confrontación global. Nuestro mundo es un mundo envuelto, en gran parte, por violencias, mentiras, persecuciones, expulsiones y masacres; tristemente, es un mundo sin Dios.

Lllaman también tantos hermanos con fe firme, entregados a Jesucristo con una vida cristiana íntegra y, en muchos casos, martirial. Lllaman y ofrecen, a la vez, un testimonio ejemplar que refuerza la comunión eclesial y el ansia de santidad. Ante la perspectiva mundial y ante el testimonio de tantos hermanos, que luchan y trabajan por llevar a todos el mensaje de Cristo, los «buscadores de Dios», nos apremia la redoblada exigencia de corazón impulsor y manos alzadas en constante intercesión.

A todos los mira Jesús, desde el sagrario, como miraba a los niños que le acercaban para que los bendijera; como miraba a los enfermos y los curaba; como miró al joven rico y le llamó a seguirle; como miraba con compasión a la multitud que andaba como ovejas sin pastor; como miró a Zaqueo y a Mateo; como miró llorando a Jerusalén o sollozando la tumba de Lázaro; como miró a Pedro y le preguntó: «¿Me quieres?»; o viendo remar cansados a sus discípulos, cuando les dijo: «¡Ánimo! Soy yo. No temáis».

En el mundo está el misterio de la iniquidad en acción. Pero Dios sigue mirando con amor a su creación y hoy, desde la fe, se puede decir lo mismo que nos dice el Libro del Génesis, después de la creación del hombre y la mujer: «Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno» (Gén 1, 31).

Sí, a pesar de la infidelidad del hombre, de tanto odio y perversión, ante Dios todo es muy bueno porque Dios ve a su Hijo amado, en quien tiene sus complacencias. La presencia de Jesucristo en la eucaristía hace que en el mundo «la caridad sobreabundante de Cristo en su Pasión, muerte y Resurrección sea mayor que la perversidad y el odio. Por esa presencia viva de nuestro Redentor, Dios recibe de su creación más gloria que ofensa» (Charles Journet).

La mirada de Dios es mirada de Amor, pues «el mirar de Dios es amar» (san Juan de la Cruz). Sobre el “caos” se cierne el Espíritu de Dios para convertirlo, al mirarlo, en “cosmos”.

Así contemplamos las contemplativas el mundo con la mirada de Dios, lo vemos cercano, porque está con nosotros siempre, en toda circunstancia y en todo momento:

- *Con amor de padre*: Dios nos ama como a su Hijo amado, Jesús (cf. Jn 17, 23.26). El Padre espera siempre al pecador, lo ve de lejos y lo besa efusivamente cuando vuelve a él. «Tú eres nuestro Padre, nosotros la arcilla y Tú nuestro alfarero, hechura de tus manos» (Is 64, 7).
- *Con amor de madre*: «¿Acaso olvida una mujer el fruto de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré. En mis palmas te tengo tatuada» (Is 49, 15-16). «¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo las alas...!» (Lc 13, 34).
- *Con amor de esposo*: «Tu esposo es tu Hacedor» (Is 54, 5). «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, le da alimento y calor, (...) somos miembros de su Cuerpo. Dejará el hombre a su padre y a su madre, para unirse a su mujer y llegar a ser un solo cuerpo. Gran misterio es este, yo lo aplico a Cristo y a la Iglesia» (Ef 5, 31-32).
- *Con amor de hermano*: «Ve a mis hermanos y diles...» (Jn 20, 17). «Jesús tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos» (Heb 2, 17).
- *Con amor de amigo*: «Ya no os llamo siervos, os llamo amigos porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15). «Amigo, haz lo que has venido a hacer» (Mt 26, 50).

- *Con misericordia eterna y amor indestructible*: Dios ama desde siempre y para siempre, y no porque somos buenos, sino para que lo seamos. «Como el Padre me amó yo también os he amado; permaneced en mi amor» (Jn 15, 2). «Aunque los montes cambiasen y vacilaran las colinas, no cambiaría mi amor, ni vacilaría mi alianza de paz, dice el Señor que te quiere» (Is 54, 10).

San Juan, el vidente de Patmos, vio al Hijo del hombre, irradiando luz, «sus ojos eran como llama de fuego». Esa mirada de Jesucristo, vivo en el sagrario, quiere incendiar el corazón de cada hombre con su sed abrasadora. Entre esas miradas de Jesús hay una especial para sus sacerdotes. Ellos son sus amigos, sus “otro yo”, los colaboradores más íntimos en la obra de la redención.

Por eso, los sacerdotes, como colaboradores íntimos de Jesús, tienen mucho que ver con las contemplativas. Ellos tienen un puesto de preferencia en nuestra oración de intercesión y de alabanza. Somos para ellos madres y hermanas espirituales, y por ellos ofrecemos nuestra vida. Con ellos sufrimos y gozamos por los avatares de su ministerio y los acompañamos en su camino vocacional.

Se ha dicho que «cada vocación sacerdotal proviene del Corazón de Dios, pero pasa por el corazón de una madre». Asimismo, en la historia vocacional de las contemplativas existe una presencia sacerdotal y ellos, los ungidos, los amigos de Jesús, sostienen las manos alzadas de nuestra intercesión.

Las monjas dominicas, desde su origen, estamos llamadas a apoyar la proclamación de la Buena Nueva del reino de Dios, que hacen los frailes predicadores por todo el mundo. Desde el silencio de la clausura, las monjas oran para que la Palabra de Dios, anunciada por nuestros hermanos, no vuelva a Él vacía, sino que dé fruto abundante. La familia dominicana, «familia de predicación», es como una vidriera de muchos colores por la que pasa la luz, que es Jesucristo, para irradiarla al mundo. La Orden es itinerante, algunos llevan la luz, mientras las monjas la reciben en el silencio, donde esperan el

advenimiento del reino de Dios y piden para que las mentes y los corazones se abran a la luz. ¡Qué bello y fuerte es el misterio de la comunión eclesial!

En el icono del principio, la bola del mundo de nuestro coro está envuelta en el rosario de María. Ella es la *summa Contemplatrix* y «la escalera por la que Dios baja para encontrar al hombre y el hombre sube para encontrar a Dios» (VDq, n. 10.37). Dios miró su humildad y la hizo Madre de su Hijo, Madre de Dios. El Espíritu la cubrió con su sombra y la llenó de su Amor. El Hijo la vio al pie de la cruz y la hizo Madre de la Iglesia. Es nuestro modelo y guía en el camino claroscuro de la fe, en el amor maternal y en la esperanza contra toda esperanza. Ella nos enseña a contemplar el mundo con la mirada de Dios, y nos mira siempre con ternura, comprensión y misericordia.

A su Corazón Inmaculado confiamos al papa Francisco y su ministerio apostólico, la renovación de la Iglesia y los destinos de la humanidad, seguras de que cumplirá la promesa que hizo en Fátima hace 100 años: «Mi corazón inmaculado triunfará».

«El ejemplo vivo, la fuerza misteriosa que nos sostiene y empuja, la tenemos en el secreto de Dios-Hostia. Su silencio permanente de siglos, su anonadamiento total, su invisible amor actuante, esperando, viendo, contemplando todo un panorama secular de historias multiformes de pueblos y naciones; pero sobre todo de historias de almas, con sus negaciones, con sus caídas. Y ahí espera un día y otro en ese monótono rodar de siglos. Ahí espera, ahí me espera sin cansarse de llamarme, ahí me espera para dar fuerza a mi esperanza, para dar alivio a mi sequía, para ayudar a mis impotencias, para vitalizar mis deseos, para fortalecer mi flaqueza. Ahí me espera, ahí donde Él permanece en su espera tengo yo que permanecer en mi respuesta».

M. TERESA M.^a DE JESÚS ORTEGA, O.P.

VULTUM DEI QUARERE: UNA OPORTUNIDAD PARA CRECER EN FIDELIDAD CREATIVA Y RESPONSABLE

✠ FR. JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, OFM

*Arzobispo Secretario CIVCSVA*¹

Con fecha del 29 de junio, fiesta de los Apóstoles Pedro y Pablo, ha sido promulgada la nueva constitución apostólica para las contemplativas *Vultum Dei Quaerere* (= VDq). Es un gran regalo del papa Francisco a la vida contemplativa al final del Año de la Vida Consagrada.

La Iglesia ha tenido y sigue teniendo un gran aprecio por la vida contemplativa femenina, por los preciosos frutos de gracia y de misericordia que ha generad. La vida contemplativa representa, todavía hoy, para la Iglesia y en la Iglesia el corazón orante, guardián de gratuidad y de rica fecundidad apostólica, siendo testimonio visible de una misteriosa y multiforme santidad. Por todo ello la vida contemplativa femenina merece una atención particular, como lo manifiesta el acompañamiento que la Iglesia le ha dispensado siempre por esta forma de seguimiento de Cristo.

Mientras las contemplativas tienen como vocación la de ser signos que expresan su pertenencia a Cristo, y tienden a *transformarse enteramente* en el Señor, los monasterios están llamados a ser escuelas de oración y de contemplación. No se trata de estar de cualquier modo en un determinado lugar. A las contemplativas, como al resto de la vida consagrada, se les pide presencias significativas, presencias proféticas, participando activamente, siempre según su forma de vida, en la construcción de un mundo más humano y por tanto más evangélico.

¹ El texto que sigue es una breve síntesis-extracto de la conferencia pronunciada por Mons. José Rodríguez Carballo, arzobispo secretario de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, el pasado 29 de noviembre de 2016, en las Jornadas de vicarios episcopales y delegados de Vida Consagrada, que tuvo lugar en la sede de la Conferencia Episcopal Española (Madrid). El texto íntegro se puede encontrar en el número especial de la Revista TABOR (28-29-30, año 2016), en la sección "Páginas del Magisterio" (pp. 79-105).

La contemplación, lejos de apartar a las contemplativas de la humanidad, particularmente de la humanidad que sufre, las hará expertas en la escucha, que es más que oír, y en la espiritualidad de la hospitalidad, acogiendo en su corazón y llevando en su oración lo que concierne al hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Como ha dicho el papa en *Evangelii gaudium* y repite en la nueva constitución, «interceder no nos aparta de la verdadera contemplación, porque la contemplación que deja fuera a los demás es un engaño».

La constitución apostólica *Vultum Dei quaerere* (VDq)

Llevando la firma del santo padre no cabe duda que el autor de la constitución VDq es el papa Francisco. Es más, VDq es su primera constitución apostólica. Él es su autor. Esto no quiere decir que no haya otras personas que hayan intervenido en la elaboración material del texto de esta constitución. Entre otras están, en primer lugar, las contemplativas mismas. La CIVCSVA ha hecho un amplio cuestionario a todos los monasterios federados, a los que se han unido muchos no federados. La respuesta ha superado con creces todas nuestras expectativas. Recibidas las respuestas, el Dicasterio hizo tres síntesis para no perder la riqueza de las aportaciones. En diálogo con el santo padre se hizo una comisión de algunas hermanas contemplativas y un miembro de la Congregación que, teniendo siempre en cuenta las aportaciones de los monasterios y de las federaciones, elaboraron un primer borrador que sufrió importantes cambios gracias, como ya se dijo, a las aportaciones del santo padre y de otros expertos, sin traicionar en ninguna de ellas las aportaciones de las hermanas contemplativas. Finalmente algunos juristas han elaborado la conclusión dispositiva que se encuentra en la segunda parte de la constitución en la que se dan diversos mandatos a la CIVCSVA en orden a elaborar las líneas concretas de actuación de la constitución, siempre según «el espíritu y las normas» de la misma.

En definitiva, podemos decir que en la redacción del texto de VDq han intervenido el santo padre, el papa Francisco, las hermanas contemplativas que han respondido al cuestionario enviado por nuestro Dicasterio, la comisión de contemplativas que redactó el primer borra-

dor del texto constitucional, la CIVCSVA y algún que otro Dicasterio de la Curia Romana, pero que el autor es siempre el santo padre.

Me parece importante detenerme brevemente sobre el título de esta constitución *apostólica*: *Vultum Dei quaerere*. «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti». La contemplativa sabe por experiencia propia la verdad que encierra esta confesión de Agustín. Por ello no se da tregua en esta búsqueda, y profundamente enamorada del Señor vive su existencia totalmente orientada hacia la búsqueda de su Rostro, vive en él y para él, ofreciéndole toda su vida, de tal modo que puede hacer suya la experiencia de Pablo: «Vivo, pero no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20).

La contemplativa es, pues, una mujer que, motivada por un anhelo profundo del corazón, entra en un proceso dinámico de la búsqueda del Amado, en una peregrinación en busca del Dios verdadero. La contemplativa sabe desde el inicio que se trata de una búsqueda en la que Dios toma la iniciativa, pues es él quien busca primero al hombre atrayéndolo misteriosamente a sí.

La estructura de la constitución apostólica VDq es muy sencilla. Está dividida en dos partes. Una primera parte en la que, después de una introducción y de un largo párrafo en el que el papa Francisco manifiesta el gran aprecio y estima que tiene por la vida contemplativa, pasa a señalar sus elementos esenciales, y los temas que piden particular discernimiento, para terminar hablando del testimonio de las contemplativas.

La gran novedad de VDq está en los contenidos, que se concretan en el elenco de los elementos que caracterizan la vida consagrada contemplativa: formación, oración, centralidad de la Palabra, sacramentos de la eucaristía y de la reconciliación, vida fraterna en comunidad, la autonomía, las federaciones, la clausura, el trabajo, el silencio, los medios de comunicación, y la ascesis. Algunos de estos elementos son comunes a las demás formas de vida consagrada, otros más específicos de la vida contemplativa.

La vida contemplativa es pensada como una *sequela Christi*, como las demás formas de vida consagrada, enraizadas todas ellas en el bautismo, como no podía ser de otra manera; con acentos que la hacen *profeía* y *signo* de la Iglesia: la entrega incondicional a Cristo y la ofrenda de toda la vida; así como intercesoras mediante la oración de todos aquellos que tienen necesidad de “ver” a Jesús y alcanzar de él la misericordia sanadora. De este modo las contemplativas son colaboradoras del mismo Dios y apoyo de los miembros vacilantes de su cuerpo inefable y cura las llagas de tantos hermanos.

VDq es un documento voluntariamente abierto, profundamente respetuoso con las personas y con las situaciones concretas en que se puedan encontrar las contemplativas. VDq es una constitución que no pone límite al máximo de la entrega y de la ofrenda, pero sí pone límite al mínimo, bien consciente que la profesión debe ser un estímulo constante para no adecuarse tranquilamente a la mediocridad, sino un propósito de vida para crecer constantemente. Como dice san Pablo, las contemplativas, como del resto todo cristiano, no alcanza la meta por más años que lleve en el claustro, sino que se ha de esforzar por conquistarla cotidianamente. De ahí que está siempre en camino (cf. Filp 3, 12-13).

Termino haciendo mío, e invitándoos a hacer vuestro, el canto del papa Francisco al altísimo, omnipotente y buen Señor: «Por los frutos de santidad y de gracia que el Señor ha suscitado siempre a través de la vida monástica femenina, levantamos el himno de agradecimiento: *Laudato si'*» (cf. VDq, n. 5).

TEXTOS DEL MAGISTERIO PONTIFICIO

«Nuestra luz, nuestra verdad, nuestra meta, nuestra satisfacción, nuestra vida no es una doctrina religiosa, sino una Persona: Jesucristo. Mucho más allá de nuestra capacidad de buscar y desear a Dios, ya antes hemos sido buscados y deseados, más aún, encontrados y redimidos por él. La mirada de los hombres de todos los tiempos y de todos los pueblos, de todas las filosofías, religiones y culturas, encuentra finalmente los ojos abiertos del Hijo de Dios crucificado y resucitado; su corazón abierto es la plenitud del amor. Los ojos de Cristo son la mirada del Dios que ama. La imagen del Crucificado sobre el altar, cuyo original romano se encuentra en la catedral de Sarzana, muestra que esta mirada se dirige a todo hombre. En efecto, el Señor mira el corazón de cada uno de nosotros».

BENEDICTO XVI,
*Discurso a los monjes cistercienses,
abadía de Heiligenkreuz (9.IX.2017)*

«Esta peregrinación en busca del Dios verdadero, que es propio de cada cristiano y de cada consagrado por el bautismo, se convierte por la acción del Espíritu Santo en *sequelapressius Christi*, camino de configuración a Cristo Señor, que la consagración religiosa expresa con una singular eficacia y, en particular, la vida monástica, considerada desde los orígenes como una forma particular de actualizar el bautismo».

FRANCISCO,
constitución apostólica *Vultum Dei quaerere*, n. 1

«Desde el nacimiento de la vida de especial consagración en la Iglesia, hombres y mujeres, llamados por Dios y enamorados de él, han

vivido su existencia totalmente orientados hacia la búsqueda de su rostro, deseosos de encontrar y contemplar a Dios en el corazón del mundo. La presencia de comunidades situadas como ciudad sobre el monte y lámpara en el candelero (cf. *Mt* 5,14-15), en su misma sencillez de vida, representa visiblemente la meta hacia la cual camina toda la comunidad eclesial que “se encamina por las sendas del tiempo con la mirada fija en la futura recapitulación de todo en Cristo, preanunciando de este modo la gloria celestial”».

FRANCISCO,
constitución apostólica *Vultum Dei quaerere*, n. 2

«Si para todos los consagrados adquieren una particular resonancia las palabras de Pedro: “Señor, ¡qué bueno es estar aquí!” (*Mt* 17, 4), las personas contemplativas, que en honda comunión con todas las otras vocaciones de la vida cristiana “son rayos de la única luz de Cristo que resplandece en el rostro de la Iglesia”, “por su carisma específico dedican mucho tiempo de la jornada a imitar a la Madre de Dios, que meditaba asiduamente las palabras y los hechos de su Hijo (cf. *Lc* 2, 19.51), así como a María de Betania, que, a los pies del Señor, escuchaba su palabra (cf. *Lc* 10, 38)”. Su vida “escondida con Cristo en Dios” (cf. *Col* 3, 3) se convierte así en figura del amor incondicional del Señor, el primer contemplativo, y manifiesta la tensión teocéntrica de toda su vida hasta poder decir con el Apóstol: “Para mí vivir es Cristo” (*Flp* 1, 21), y expresa el carácter totalizador que constituye el dinamismo profundo de la vocación a la vida contemplativa.

Como hombres y mujeres que habitan la historia humana, los contemplativos atraídos por el fulgor de Cristo, “el más hermoso de los hijos de los hombres” (*Sal* 45, 3), se sitúan en el corazón mismo de la Iglesia y del mundo y, en la búsqueda inacabada de Dios, encuentran el principal signo y criterio de la autenticidad de su vida consagrada. San Benito, padre del monaquismo occidental, subraya que el monje es aquel que busca a Dios por toda la vida, y en el aspirante a la vida

monástica pide que se compruebe “*si revera Deum quaerit*”, si busca verdaderamente a Dios.

En particular, un número incontable de mujeres consagradas, a lo largo de los siglos y hasta nuestros días, han orientado y siguen orientando “toda su vida y actividad a la contemplación de Dios”, como signo y profecía de la Iglesia virgen, esposa y madre; signo vivo y memoria de la fidelidad con que Dios sigue sosteniendo a su pueblo a través de los eventos de la historia».

FRANCISCO,
constitución apostólica *Vultum Dei quaerere*, n. 3

